

bondad misma. Le conozco desde que era yo un chiquillo, y nunca le he visto de mal humor.

— ¿Son ustedes paisanos?

— Como si lo fuéramos; él es nativo de Tejas, de un ranchito que le llaman Bahía del Espíritu Santo; estuvo muy chiquillo en Matamoros, pero apenas de catorce años fué á Monterrey, donde hizo su instrucción primaria y estudió un poco de latín; mas no le tiraba la iglesia, ni menos el foro ó la medicina... Figúrese usted á éste diciendo misa, confesando beatas, enredando pleitos ó tomando el pulso con el reloj en la mano... Entró al comercio, y en una tienda duró algunos años de dependiente... Se fastidiaba allí, cuando supo que se reclutaba gente para la Guardia nacional... *Se la dieron de sargento...* de allí pasó á capitán y así fué á Monterrey acompañado de ciento trece hombres y resuelto á ayudar á los pronunciados de Ayutla... La derrota que causó á Woll en el Saltillo, le valió las charreteras de coronel... Se opuso al absurdo estatuto de Lafragua, y, parapetado en la ciudadela de Monterrey, permaneció sitiado durante tres días, dando por toda respuesta al oficial que le intimaba rendición: «Puede usted comenzar sus operaciones.» Poco después derrotaba al sitiador con el resto de las fuerzas de Nuevo León, que estaba en Camargo... Se hallaba en México en la época del *Golpe de Estado* de Comonfort; acompañado de unos cuantos amigos fronterizos,

defendió San Pedro y San Pablo hasta que los mochos se apoderaron de la ciudad y no hubo ya esperanzas de éxito...

Durante la guerra de tres años prestó grandísimos servicios: salvó la artillería liberal en Ahualulco; fué parte muy activa en el triunfo de Calamanda; en Tacubaya peleó hasta lo último... El 24 de Mayo en Guadalajara, en el sur de Jalisco con Ogazón, en todas partes luchó resueltamente, hasta que se retiró pasando junto á las barbas de los mochos para reunirse con González Ortega y combinar el plan de ataque... El primer encuentro fué con el mismo Miramón, el héroe de los retrógrados, el invencible, el diestro, el grande... En Silao se encontraron los dos ejércitos; Miramón desorganizó el ala derecha de su enemigo; los constitucionalistas continuaron en la resistencia; pero considerando Zaragoza que si se limitaba la acción de los liberales á sufrir los cañonazos enemigos, pronto quedarían deshechos, en unión de González Ortega y con la bandera en la mano, atacó á la bayoneta á los mochos y logró derrotarles... En Guadalajara, cuando González Ortega cayó en cama, Zaragoza tomó el mando de las tropas; evitó la reunión con Castillo, intervino en los convenios que dieron por resultado la toma de la plaza y entró victorioso para retirarse en seguida á preparar la batalla de Calpulalpam. Después de González Ortega, á él se debió la victoria,

pues sostuvo, sin cejar un punto, el formidable ataque de Miramón... En Puebla se hallaba mandando una división, cuando fué llamado por Juárez al Ministerio de la Guerra y después promovido al mando de este ejército en substitución de Uruga, que, ya usted sabe, se había echado sobre las armas, cogiéndose cuanto podía de lo poco que tenían los soldados... Es tan valiente, que yo le vi en Calpulalpan, cuando las caballerías se habían encarnizado en los conservadores fugitivos, recorrer desarmado el campo y diciendo á gritos: «¡Eso ya es cobardía; no hay que ensañarse con los vencidos; acuérdense de que ellos también son mexicanos!»

Cuando Zuazua le ordenó que fusilara á unos prisioneros que había tomado en Zacatecas, le dijo poco más ó menos: «Están recibiendo los auxilios espirituales; han muerto ya, créalo usted... Han sufrido más que la misma muerte, y yo me intereso en cuanto pueda valer para que se les perdone... Seamos fuertes y terribles en el combate; pero después, que admiren nuestra humanidad los enemigos que no nos conocen.»

Es tan modesto, que se limitó á dar cuenta de la victoria del cinco de Mayo, diciendo: «Estoy muy contento con el comportamiento de mis generales y soldados. Todos se han portado bien. Los franceses han llevado una lección muy severa, pero se han batido como bravos. Sea para bien, señor Presidente. Deseo que nuestra

patria, hoy tan desgraciada, sea feliz y respetada de todas las naciones.»

Crámelo usted; si hubiera contado con los mil quinientos hombres que llevó O'Horan á Atlixco, habría acabado con los franceses; todavía más, habría continuado la persecución si hubiera tenido dinero y gente. El nueve no pudo reunir tres mil setecientos pesos para un día de socorro; el diez, cuando los franceses habían ya descansado, y si no se habían repuesto de sus pérdidas, por lo menos estaban listos para resistir, le llegaron treinta mil pesos que le mandaban de México...

A los dos días de la llegada de Miguel, Zaragoza ordenó se preparara el viaje para México: tenía que conferenciar con don Benito, que pedirle elementos para continuar la guerra y que comunicarle sus ideas sobre la manera de acabar con los franceses que aquí quedaban. El entusiasmo del público fué inmenso. En la casa del héroe se agrupó el pueblo aclamándole la esperanza de México, el hijo predilecto de la patria, el jefe indiscutido de la nación. Miguel, que no era más que un niño, después de saludar á sus padres se consagró á darse pisto haciendo creer que estaba en todos los ápices de la política y que conocía al palmo la vida del General. En los pocos días que servía al grande hombre había llegado á tomarle afecto grandísimo, por su trato afable y generoso, al grado de sentirse dispuesto á cualquier sacrificio por él.

Uno de sus temores era que los mochos intentaran algo en contra de la vida del General, y por eso se había propuesto el de los Olivos no consentir en que se le acercara persona sospechosa, ni en que comiera manjar de procedencia desconocida, ni en que saliera á altas horas con riesgo á sufrir un asalto. Trabajo inmenso y que para llevarse á efecto habría requerido la complicidad de Zaragoza; pero como el jefe se cuidaba tanto de los peligros reales ó supuestos como de la primer camisa que se había puesto, la tarea de Miguel se hacía positivamente imposible.

El veinticinco de Agosto obsequiaron á Zaragoza con un banquete en el Tívoli. Hubo brindis, alabanzas, dianas, todas las manifestaciones de la gratitud y del entusiasmo; pero Miguel no oyó ni el noble brindis de Juárez, felicitando á nombre de la Nación al vencedor de Puebla, ni el de Zaragoza en que solicitó pan y vestidos para los heroicos soldados que le habían acompañado á luchar contra los invasores.

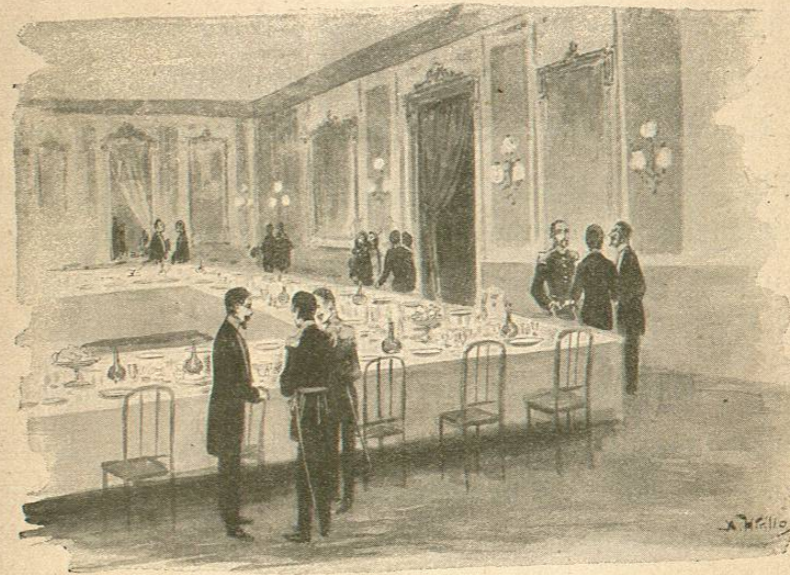
Cuando entró al Tívoli, al extinguirse los acordes del Himno Nacional con que les saludaron, oyó á varios caballeros que hablaban de la fiesta.

— Precioso está esto, decía uno; bien se conoce que ha andado aquí nuestro amigo Pancho Schiaffino con su buen gusto y su *savoir faire*.

— Tales manos lo hilaron, exclamaba otro; esos maci-

zos de rosas, esas guías tricolores, esa ingeniosa disposición de la mesa, de seguro obra son de nuestro amigo, pues no hay nadie en México capaz de hacer la mitad.

— Todo esto no tiene nada de particular, repuso modestamente el alabado; no dispusimos de tiempo y apenas



logramos arreglar nada más que en donde ve la suegra... Lo que sí me parece de primera es la comida; los dulces, ustedes saben que me pirro por los dulces, son exquisitos, obra de aquella famosa Sor Natividad de la Madre de Dios, del convento de la Encarnación, que ya se acuerdan ustedes que es un águila de Hipona para las confituras, pasteles, mermeladas, conservas, tirillas, leches, cajetas y demás hierbas... Hay unos huevos moles, que si no fuera

porque es mala crianza, me los comería íntegros... y luego me comería los dedos de tanto chupármelos... Pero no, no hay que pensar en ellos; son para el General, y á los simples mortales nada nos ha de tocar... En fin, yo me comprometía á ganar otra batallita como la del cinco de Mayo, si me aseguraban por escritura pública que había de tener como recompensa un plato de huevos moles de mano de Sor Natividad de la Madre de Dios...

Miguel era un excelente muchacho; pero se había llenado la cabeza de príncipes traidores y de princesas traicionadas; de alquimistas que preparaban guantes que al ponerse metían por los poros de la piel tósigos mortales; de flores y pañuelos que al olerse podían causar la muerte; de duquesas adúlteras; de bribones solapados y ocultos, y de toda aquella máquina que puso en moda Dumas el grande, y que fué detestablemente parafraseada por sus imitadores.

Al principio ninguna impresión le hizo la conversación; pero después, como si hubiera brotado de repente en su cerebro una impresión borrada, se acordó de una novelota que había leído hacía pocos meses. Se llamaba *Don Juan de Austria*, y el autor, calumniando al buen Marnix de Sainte Ildegonde, suponía que éste había armado un terrible complot contra la vida del héroe del libro; aunque Miguel no se acordaba bien si por sugerencias de los flamencos, que no querían les mandara un

hombre tan bueno, ó de Felipe II, que había ya mandado matar al buen Escobedo y ejecutar otras muchas trastadas por envidia de su simpático hermano... Y cabalmente el medio de que se había valido el bribón é infame Marnix había sido un plato de huevos moles, que á la cuenta deben haber gustado mucho al caudillo de Lepanto y la Alpujarra. El caso no podía ser más claro, y si se añadía á tantas coincidencias que los huevos moles del banquete eran obra de una monja, no podía caber duda de que la conjura estaba hecha y preparada, pero que era todavía tiempo de evitarla.

Dióse Miguel á buscar al señor Schiaffino, á quien había oído hablar del bocado de manera tan entusiasta; pero luego pensó que quizás el tal estuviera metido en el ajo de la conjuración y no convendría ponerle sobre aviso. Entonces tomó una resolución que se le figuró salvadora, segura y apropiada al caso, y fué comer él la parte destinada al General; así conocerían los perversos que sus planes quedaban frustrados por la abnegación de un subalterno adicto... Ya se veía desplomarse sobre una silla, arrojando espumarajos por la boca, lívido, desencajado, acometido de horribles dolores de estómago, lanzando gritos de dolor y pidiendo un médico que le auxiliara... Le darían el emético, ocurrirían los mejores doctores á curarle; pero todo sería inútil, porque sería tal la violencia del dolor, que no tardaría en expirar... Se en-

ternecía al considerar el dolor de Eugenia y el de sus padres, que le perdían apenas recobrado; pero le consolaba que todos se hicieran lenguas hablando de cómo se sacrificaba por su General, que, merced á su rasgo heroico, podría seguir luchando y venciendo hasta conseguir echar á la canalla... Y ¡quién sabe! quizás la patria agradecida le levantara algún monumento y hasta concediera sendas pensiones á sus padres y esposa...

Cuando hubo tomado la resolución, dióse á buscar el plato envenenado para comerlo, evitando la muerte de Zaragoza; pero daba la maldita casualidad de que en su vida se había echado al rostro la víctima del deber un plato de huevos moles. ¿Cuáles serían los tales huevos? ¿Acaso aquel pastelón amarillo con golpes rojos que dominaba la derecha? ¿Acaso sería la pieza montada que tapaba la cabeza del prócer frontero á Zaragoza, dejando ver de él sólo el copete que accionaba y las manos que aprehendían las provisiones con rapacidad de carnicero? ¿O sería quizás el verdoso, color de mar en bonanza, que dejaba ver la corteza agreste adornada con multitud de escamas variopintas? Imposible saberlo, pues don Juan de Ariza no entraba, en su libro, en explicaciones que habrían sido menester para conocer los huevos moles por su configuración y aspecto físico.

Entonces tomó Miguel un partido: comerse todos los dulces; así, si no moría envenenado, moriría de la har-

tazga; pero el General nada padecería. ¡Reventaría de una indigestión heroica!

Al verle con las insignias de ayudante del General victorioso, todas las gentes se le acercaban, todas le hacían acatamiento y se ofrecían muy á su servicio. Antiguos condiscípulos de colegio venidos á más, maestros y jefes que nunca habían reparado en él, gentes que jamás le habían saludado, le estrechaban la mano, le rodeaban y preguntaban por la vida, milagros, propósitos y situación de su General, ó brindaban con él desde el otro extremo de la mesa, poniendo los ojos en blanco, tocándose el chaleco en el sitio correspondiente al corazón y alzando la copa con la mano derecha.

Pero brindis, agasajos y saludos eran cosa sin importancia para Miguel, que no se ocupaba en comer más que los dulces que había á la mano y en hurtar diestramente los que le acercaban al General. Por fin, se levantaron de la mesa los principales, tornaron á su alojamiento los ayudantes de Zaragoza, y apenas se preparaban á descansar, cuando tuvieron que concurrir á un concierto con que obsequiaban al jefe. Hay que confesar, porque decir lo contrario sería no conformarse con la verdad histórica, que Miguel durmió como un bienaventurado oyendo gorgoritos y primores de piano, pero que le dejó más muerto que el veneno que creía haber ingerido, un señor llamado Ramitzquin ó Rantzikin, que tocó el violoncelo

tan larga y cansadamente, que parecía iba á echar raíces meneando el arco.

A las doce se levantaron, y al llegar al Hotel Iturbide, cuando Miguel se aprestaba á confirmar con carácter definitivo lo que había ejecutado de modo provisorio, esto es, dormir á pierna tendida, recibieron la noticia de que tenían que salir para Puebla.

La diligencia estaba á punto: la *Vaca* se encontraba bien sujeta en la trasera del coche; el cochero y el sota estaban en su trono, dignos y circunspectos, cuando Zaragoza dió la orden de partir. Salió el coche de las calles, avanzó por el camino real, y á poco, cuando abandonó los baches de San Lázaro y se encontró en terreno plano, todos los ayudantes se echaron á dormir sin que se les diera un ardite de los tremendos tropezones que daba contra las piedras del camino el fortísimo guayín que les conducía.

Por Río Frío empezó á llover, y aunque los oficiales bajaron cortinas y vidrieras, el agua se introducía al vehículo, causando no poca molestia al General, mas resultando indiferente para sus adláteres, que descansaban más seguros que los apóstoles en el huerto de los Olivos. La diligencia marchaba con toda la velocidad que era posible en aquellos tiempos, y debido á eso, á las tres de la tarde llegaron á Puebla, de donde salieron á las cuatro, apenas tomaron un tente en pie; á media noche

llegaron, mojados y hambrientos, á las cumbres de Acultzingo, término del viaje.

Se contaba que Porfirio Díaz había avisado á Zaragoza por extraordinario, que los franceses parecían moverse de sus posiciones con dirección á las Cumbres, y que á eso se había debido el violentísimo viaje del General; quizás no hubiera tal aviso, sino sólo una añagaza de la suerte, que ya tenía dispuestas las cosas de aquella manera.

Zaragoza recorrió todas las posiciones, desde las Cumbres hasta el Palmar; pero en la tarde, al volver, le vieron sus ayudantes con los ojos enrojecidos, cambiado el color y triste la mirada. Su secretario le preguntó con interés si estaba enfermo, y respondió que se sentía mal.

—Poca cosa; un dolorcillo de cabeza por la mojada y el desvelón; pero ya pasará... Me basta dormir bien una noche para reponerme.

El veinticinco amaneció nublado y lluvioso. A las cinco de la mañana trató el caudillo de levantarse, pero ya no le fué posible. El general Garza Ayala le retuvo en cama, disponiendo que pasara á verle un médico. Nada pudo decir éste, pero sí indicó que debía pasar á Acultzingo, donde se encontraba el Cuartel general. «Es conveniente estar prevenidos, dijo; hay tanto tifo en el campamento...»

Desde que Miguel supo la enfermedad del General,